

Davide Mosca

EL VERDADERO
NOMBRE DE
ROMA

Título original: *Il profanatore di biblioteche proibite*

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con PNLA & Associati S.r.l./
Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency

Primera edición: 2014

© Davide Mosca, 2012
© de la traducción: Miguel Ros González, 2014
© Algaida Editores, 2014
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: REGA
ISBN: 978-84-9877-990-5
D.L.: SE-555-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	13
CAPÍTULO 2	23
CAPÍTULO 3	37
CAPÍTULO 4	49
CAPÍTULO 5	59
CAPÍTULO 6	75
CAPÍTULO 7	87
CAPÍTULO 8	97
CAPÍTULO 9	113
CAPÍTULO 10	125
CAPÍTULO 11	139
CAPÍTULO 12	151
CAPÍTULO 13	165
CAPÍTULO 14	175
CAPÍTULO 15	185
CAPÍTULO 16	195
CAPÍTULO 17	209
CAPÍTULO 18	227
CAPÍTULO 19	237

CAPÍTULO 20	251
CAPÍTULO 21	261
CAPÍTULO 22	271
CAPÍTULO 23	285
CAPÍTULO 24	299
CAPÍTULO 25	309
CAPÍTULO 26	323
CAPÍTULO 27	333
CAPÍTULO 28	349
CAPÍTULO 29	361

Para Dada

«Antes de correr en busca de respuestas
vive bien tus preguntas»
Rainer Maria Rilke

«Las palabras son acciones»
Ludwig Wittgenstein

«Tú, Dios, que conoces mi nombre»
Canción popular

1

YA HABÍAN PASADO DOS DÍAS DESDE QUE LAZZARI inaugurase la enoteca cuando entró el primer cliente y, con voz decidida, pidió una botella de falerno. Por lo que sabía, era un vino que llevaba sin producirse al menos mil quinientos años.

No se había molestado en dar publicidad a la nueva apertura, y a la inauguración, dos noches atrás, solo invitó a unas pocas personas: la funcionaria del Ayuntamiento que le había ayudado con todo el papeleo, un par de proveedores locales, el albañil y el electricista que se habían ocupado del local, su casera —una de esas mujeres que está para todo, capaz de levantarle a uno la moral con una sola palabra—, el cartero de la zona y el asesor fiscal. El asesor no había ido y en su lugar envió a su secretaria con un ramo de quince rosas azules.

El cliente se inclinó con un gesto rígido sobre el decantador, que hacía las veces de jarrón, para oler su aroma. Vestía un traje a medida y, echado sobre los hombros, llevaba un abrigo de corte militar. Se movía con la misma

lentitud evasiva y puntillosa de quien está a punto de tomar posesión de su nueva oficina y tiene toda la intención de cambiar los muebles de sitio y modificar cada elemento.

—Quizá se refiera usted a un falerno del Massico —le dijo Lazzari, rascándose la mejilla. No podía creer que aquel hombre le estuviese pidiendo de verdad un *falernum*, el vino tinto máspreciado entre los antiguos romanos.

—Siempre pasa lo mismo.

—¿Qué pasa siempre?

—Es un comportamiento típico. Siempre confiamos en no haber entendido bien, en que haya un malentendido, un error; en que el historial clínico con el diagnóstico fatal nunca sea el nuestro; en que el nombre pronunciado sea el de otra persona. Pero eso no es lo que pasa, nunca es lo que pasa.

Lazzari se llevó la mano detrás de la oreja.

—¿Ah, no?

—¿Sabe cuál es el punto débil del hombre? —preguntó el desconocido. Luego, sin darle tiempo para responder, dijo—: La previsibilidad.

—No le entiendo.

—Ha entendido perfectamente lo que le he pedido.

Por la calle pasó una bicicleta. No muy lejos de allí el mar resonaba contra el malecón y la madera del muelle se oscurecía bajo las olas. Al otro lado del puerto, en la arena compacta tras la lluvia matutina, un grupo de surfistas descargaba las tablas y los trajes de dos todoterrenos.

—El vino que me pide ya no existe.

—Tiene razón, profesor.

—No soy profesor.

—Vuelve a tener razón, *ayudante* —confirmó el hombre, antes de tomar asiento. Luego se quitó el aparatoso abrigo, lo dobló con cuidado y se lo puso sobre las rodillas—. Nunca pasó de ese puesto, ¿verdad?

Lazzari cogió una de las botellas expuestas sobre la barra.

—¿Puedo ofrecerle un aglianico? La procedencia es más o menos la misma que la del Massico del que le hablaba.

El hombre se puso unas gafas con montura de carey y sacó, de uno de los bolsillos del abrigo, una pequeña agenda de cuero. En una esquina, bajo un corte superficial, estaban bordadas en oro las iniciales C.V.R.

—Usted se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras de Génova a los dieciocho años, y en apenas tres aprueba todos los exámenes —empezó a leer—. Después de la licenciatura le dan una beca para hacer un doctorado sobre Historia Romana en la Universidad de Milán. Lo acaba en unos tres años y lee una tesis titulada *El nombre de Roma*. El famoso profesor Casini le ofrece un puesto de ayudante para la cátedra de Historia Romana y hace que le concedan, a través de una fundación, una nueva beca. De hecho, mientras tanto, partiendo de los datos recogidos durante la tesis, usted empieza a trabajar en un ensayo sobre el nacimiento de Roma. Las pocas personas que han podido ver los materiales de apoyo hablan con tono entusiasta. Varios profesores de otras facultades vienen a reunirse con usted. Las revistas especializadas escriben sobre el tema. El clima de espera aumenta —se interrumpió,

dando a entender a través de gestos que se estaba saltando detalles y etapas secundarias—. Dieciséis años después usted interrumpe de buenas a primeras la escritura del ensayo, toma la clamorosa decisión de retirarse de la universidad y...

El hombre se quitó las gafas, cerró la agenda y extendió los brazos.

—¿Y qué abre?

—Una enoteca —completó Lazzari.

—Una enoteca —repitió el hombre, enfatizando la palabra con desprecio.

—Creo que voy a ser yo quien se beba ese vaso de aglianico —dijo Lazzari, y se sirvió dos dedos en una copa. Luego volvió a pensárselo y la llenó hasta el borde—. ¿Puedo saber su nombre?

—Los amigos me llaman Coronel.

—¿Y los enemigos?

—No tengo.

—¿Viene de parte de la universidad? ¿Es un agente del consejo económico o algo por el estilo? ¿Quieren que les devuelva el dinero de las becas? Ya no lo tengo, lo usé todo para estudiar e investigar...

—Esto también es típico —lo interrumpió el Coronel.

—¿Ah, sí?

—Nunca adivinamos por qué se nos llama. Siempre imaginamos un motivo distinto al real. Te llega un llamamiento del oficial de justicia y piensas en aquella vez que no pagaste los impuestos.

Lazzari apoyó la botella, que emitió un sonido sordo contra el mármol de la barra.

—Claro, nunca pensamos en un vino aromatizado con miel que estaba de moda hace dos mil años. La verdad es que nos falta imaginación por un tubo...

—No estoy aquí por el vino.

Lazzari ya no sabía con qué mueca responder a todo aquel sinsentido. Ya ni siquiera podía contener su sarcasmo.

—¿Ah, no? Pues casi me convence.

—Estoy aquí por un sueño.

—¿Lo tuvo usted?

—No, lo tuvo usted.

—¿Ah, sí?

—Sí. Un sueño llamado Roma.

Lazzari se quedó en silencio unos segundos.

—Fue hace mucho tiempo —dijo al fin, apartando la copa.

—Hace dos mil setecientos sesenta y cuatro años, para ser exactos. Según la leyenda, Roma se fundó justo el veintiuno de abril del 753 antes de Cristo. Durante mucho tiempo los estudiosos apenas han prestado atención a los relatos tradicionales, pero los últimos hallazgos arqueológicos lo han vuelto a poner todo en tela de juicio. Los misterios sobre la fundación de la ciudad más grande de todos los tiempos le han obsesionado a usted y a las miles de personas que le precedieron. —El Coronel permaneció unos instantes en silencio, estudiando la expresión de Lazzari. Luego volvió a la carga, con un tono aún más persuasivo—: Porque usted no cree que se trate solo de una leyenda, ¿verdad? Usted realmente cree que alguien fundó Roma un día a mediados del siglo VIII antes de Cristo, ¿no es cierto?

Lazzari apartó la mirada. Al otro lado de la cristalera un viejo con un sombrero de papel y un mono blanco raído y repleto de salpicaduras de colores pintaba una fila de tablas. Los brochazos tenían un ritmo constante: transmitían seguridad, hablaban de un mundo sólido, de estaciones que se sucedían.

—Sí, lo creo —admitió Lazzari con un suspiro.

—Las personas a las que represento también lo creen.

La voz de Lazzari sonó ausente.

—¿Y quiénes son, si se puede saber, estas personas?

—La suya es una pregunta poco pragmática a efectos de nuestra conversación. Le bastará saber que las personas a las que represento ostentan un récord particular: siempre ven cumplidos sus sueños. Y usted es la persona adecuada para nuestro propósito.

Lazzari estalló en una de esas carcajadas que salen de la garganta, malignas y perturbadoras.

—Escuche bien lo que le digo... —empezó, pero se detuvo de repente, pues no había palabras con las que responder a todo aquel delirio—. ¡Al cuerno! Ya he oído bastante. Le ruego que se vaya, no tenemos nada más que decirnos.

Sin esperar una posible respuesta se encerró en el baño y abrió el grifo al máximo para que el ruido del agua ahogase todos los demás sonidos: ni siquiera quería escuchar la puerta abrirse y cerrarse. Se frotó la cara con vigor, ¿cómo podía ese hombre saber todos los detalles de su vida? Claro, no había nada secreto, y cualquiera se habría podido procurar aquella sencilla información con un poco de esfuerzo. Pero, ¿por qué? Además, la idea de ver toda

su información personal apuntada en esa pequeña agenda lo perturbaba. Y también ese hombre tenía que ser un perturbado.

Al salir lo encontró sentado en el mismísimo sitio.

—Parece que no nos hemos entendido...

—Nos entenderemos, no se preocupe.

—Si es que ni siquiera sé quién es usted, joder.

—El verdadero nombre de Roma no es Roma, como usted bien sabe —lo interrumpió el Coronel—. Todos conocen la ciudad más famosa de todos los tiempos, pero nadie conoce su verdadero nombre. El que podríamos llamar primer día de la Urbe representa uno de los misterios más asombrosos de la historia. Las personas para las que trabajo desean conocer este misterio y hacerse con un determinado objeto usado durante el ritual de la fundación de Roma.

—Si esas personas quieren seguir manteniendo inmaculado ese récord del que se jactan, el de ver cumplidos todos sus sueños, dígales que elijan otro: este es irrealizable.

El Coronel apuntó con las gafas hacia la ventana enmarcada por los anaqueles de madera de abedul. Lazzari siguió el gesto y vio que sobre algunas botellas ya se había acumulado una fina capa de polvo.

—Hemos descubierto un rastro que nos puede ayudar a remontarnos hasta aquel día fatídico. Necesitamos que alguien lo siga por nosotros, un guía experto, el mejor disponible en el mercado.

Lazzari cogió una bayeta y empezó a frotar nerviosamente la barra.

—Al grano, ¿me está diciendo que tienen ustedes una pista?

—¿Siente curiosidad por saber cuál es? Se lo diré.

—No, se lo diré yo —dijo Lazzari, que empezaba a detestar aquel comportamiento—: Ha salido alguien diciendo que si excavan en tal sitio encontrarán tal resto arqueológico, la prueba irrefutable que están buscando. Lleva cientos de años pasando lo mismo. Excaven cuanto quieran, no encontrarán nada. Y ahora le invitaré a una copa con mucho gusto.

—¿Ni siquiera siente curiosidad por saber qué le ofreceremos a cambio?

—Acabo de rechazar.

—Sí, pero nosotros no retiramos nuestra oferta —precisó el Coronel, guardando la pequeña agenda—. Le habríamos podido ofrecer una ingente suma de dinero, una cátedra de Historia Romana en una de las universidades más prestigiosas de Europa, la dirección de un potente grupo editorial y hasta un programa de televisión sobre divulgación científica. Pero no habría aceptado.

Lazzari dejó de frotar.

—¿Ah, no?

—No —le garantizó el Coronel, como si Lazzari fuese un paciente con ciertas pretensiones de autodiagnosticarse y él un médico especialista—. Por eso le ofrecemos poder cumplir su mayor deseo. Ha dedicado los mejores años de su vida a investigar sobre el misterio de Roma, estudiando día y noche, renunciando a una familia, sacrificándolo todo, sin lograr alcanzar el tan ansiado descubrimiento. Ahora ponemos a su disposición los instrumentos

técnicos y financieros para lograrlo, para cumplir el sueño de su vida. No se puede rechazar la vida; quien la rechaza, muere.

—Claro —se limitó a murmurar Lazzari.

El Coronel se levantó y se puso el abrigo con un gesto ágil.

—Volveremos a vernos, *ayudante*.

—Buscaré ese falerno, se lo prometo —se la devolvió Lazzari, con tono sarcástico.

—Suspirará por que regrese, se lo garantizo.

Lazzari se metió las manos en los bolsillos, encogiéndose de hombros.

—Claro, claro, pero mientras tanto haga el favor de quitarme una pequeña curiosidad, Coronel. Suponiendo que no sea todo un montaje, ¿de verdad pensaban convencerme con ese rollo del sueño de mi vida?

—Sí.

—Se queda un poquito corto, ¿no le parece?

—Ahora que lo dice, quizá tenga razón —admitió el Coronel, mientras su mirada se iluminaba de repente, como si hubiese visto a la presa entrar en la trampa. Luego añadió, con un tono vagamente alusivo—: Creo que usaremos algo para... cómo decirlo... para hacer su sueño más creíble.